

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



Don Diego Hurtado de Mendoza.

Entre los historiadores españoles del siglo XVI, ocupa un lugar distinguido el personaje cuya biografía vamos á trazar, como sobresale también por lo elevado de su cuna y por sus servicios distinguidos.

D. Diego Hurtado de Mendoza, nació en Granada á fines del año 1503 ó principios del siguiente, siendo su padre D. Íñigo Lopez de Mendoza, uno de los mas célebres generales que siguieron á los Reyes Católicos en la

conquista de aquel reino; su madre Doña Francisca Pacheco, era hija de D. Juan, Marqués de Villena, y primer Duque de Escalona. Tuvo cuatro hermanos mayores, que todos ocupan un lugar en nuestra historia: D. Luis el primogénito, fue Capitan General del reino de Granada y despues Presidente del Consejo; D. Antonio, Virrey en ambas Américas; D. Francisco, Obispo de Jaen; y Don Bernardino, General de las galeras de España: tuvo ade-

mas dos hermanas, Doña Isabel, que casó con D. Juan Padilla, y Doña Maria, muger de D. Antonio Hurtado, Conde de Montezgudo.

Es de creer que recibiera su primera educacion de D. Pedro Martir de Angleria, que viviendo á la sazón en Granada y habiendo instruido á todos los magnates de aquel tiempo, estaba ademas muy obligado á los Mendozas. Aprendió allí gramática, y algunas nociones de la lengua árábica, que cultivó toda su vida; pasó despues á concluir sus estudios á Salamanca, y en aquel tiempo fue cuando al parecer escribió por entretenimiento y por via de descanso la *Vida del Casarillo de Tormes*, obra tan ingeniosa como de buen lenguaje y singular invencion.

Inclinado á las armas, pasó á Italia y militó allí muchos años, sin que conste en particular las guerras y batallas en que se halló, si bien por lo que dice en su historia de la guerra de Granada, se pueda inferir que estuvo en el ejército que sitió á Marsella en 1524, y en la batalla de Pavia, en que, segun afirma Sandoval, se distinguió la compañía de D. Diego de Mendoza. Es tambien verosimil que concurrió á la guerra que se hizo contra Lautrec sobre el ducado de Milán, á la batalla de la Bicoca en 1522, asi como á la entrada de Carlos V en Francia el año 1536; pero en lo que no cabe duda es que entre el estruendo de las armas, manifestaba su ardiente inclinacion á la literatura, ocupando el descanso de los cuarteles de invierno en recorrer las célebres Universidades de Bolonia, Pádua, Roma y otras.

Debió á sus talentos, aplicacion y distinguida estirpe, el que el Emperador Carlos V, le distinguiese y le confiase negocios de la mayor importancia durante su reinado. En 1538 se hallaba ya de embajador en Venecia, y ademas de desempeñar su encargo con esplendor, perseveró en el estudio y puso particular esmero en juntar manuscritos griegos; en hacerlos copiar á gran costa, buscarlos y traerlos de los mas remotos senos de la Grecia, enviando al efecto hasta la Tesalia y Monte Athos á Nicolas Sofiano, natural de Corsica, y valiéndose del doctísimo griego Arnolfo Ardenio, para la traslacion de muchos códices manuscritos. Por su medio logró la Europa muchas obras de los mas célebres autores griegos, sagrados y profanos, como San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Cirilo Alejandrino, todo Arquimedes, Heron, Apiano y otros. Publicáronse de su biblioteca las obras completas de Josefo; pero lo que principalmente le ha hecho memorable, fue el regalo que le hizo el gran turco Soliman, de gran número de manuscritos griegos, por haberle enviado libre y sin rescate, un cautivo que el amaba en extremo. Admirábo á todos con su elocuencia y erudicion, siendo su casa la mansion de las personas mas instruidas. Nombróle el Emperador Gobernador de la República de Sena, ciudad de Toscana inmediata á Florencia, y procuró tranquilizar los ánimos de aquellos ciudadanos y mantenerlos en tranquilidad.

Exhausto de dinero el Emperador, trató de vender los estados de Sena y Milan al Pontífice, como lo habia hecho con las fortalezas de Florencia y Liorna á Cosme de Medicis; representóle sobre ello D. Diego de Mendoza, y de sistió el Emperador pasando á Alemania y dejando á

D. Diego las instrucciones que debian dirigirse en el Concilio de Trento, convocado por el Papa Paulo III, en bula de 22 de Mayo de 1542, á instancias de la cristiandad y principalmente del Emperador. Llegó D. Diego á Trento en 8 de Enero de 1543, acompañado del gran Canciller Grambela, y de su hijo el Obispo de Arraz. Difiriéndose la celebracion del Concilio, ocupábase entretanto en sus estudios, hasta que el mal estado de su salud le obligó á retirarse á Venecia, sin descuidar por eso los negocios de su embajada, de su gobierno de Sena, y del Concilio de Trento. Publicose por aquellos dias en Venecia la suma de los concilios de Fr. Bartolome Carranza, religioso dominico, famoso por su valimiento y su caída, dedicada á D. Diego, quien respondió al autor en una carta latina, breve, elocuente y nerviosa. De modo que parecia imposible que, ocupado de tan graves negocios, tuviese tiempo y aficion para estudios tan profundos; notaba lo que leia, y como los viajes no le permitian llevar su libreria, le acoció ilustrar tres ó cuatro diferentes ejemplares manuscritos ó impresos de un mismo autor. Unia á esto la curiosidad por las monedas antiguas, ocurriendo á tantos gastos la liberalidad de Carlos V.

En aquel tiempo declaró el Emperador la guerra á los protestantes: toda la Alemania se conmovió, y los padres del Concilio trataban de ausentarse por estar Trento tan inmediato á los países enemigos. Sintió D. Diego en extremo aquella resolucion, é hizo presente que habiendo comprendido el Emperador aquella guerra á favor de la religion y principalmente del Concilio, le seria muy doloroso la retardacion de este, y que no era buena correspondencia que el Cesar emprendiese una guerra de tanta importancia por mantener el Concilio, y que este se disolviese por causa de la misma guerra. Pasó poco despues á Venecia para reprender á aquella señoria por su conducta, y regresó á Trento donde tratándose todavia de la traslacion del Concilio, manifestó en una junta con brío y elocuencia cuantas consecuencias podian resultar.

Creyó el Emperador que enviando á Roma á D. Diego aceleraria las cosas del Concilio. En efecto pasó de Embajador al Pontífice en 1547, siendo recibido con el mayor triunfo y pompa. Poco despues manifestó por escrito al Santo Padre, las razones que tenia el Emperador para oponerse á la traslacion del Concilio. El Pontífice apoyó la traslacion, y valiéndose de la casualidad de haber muerto dos prelados y algunos familiares de los legados, para aparentar que habia peste, se resolvió la traslacion á Bolonia á pesar de la ardiente oposicion de los españoles. Seria demasiado difuso referir todas las negociaciones que mediaron sobre la vuelta del Concilio á Trento, en que tenia grande empeño el Emperador, y en las que tuvo grandísima intervencion D. Diego de Mendoza.

Seguia D. Diego en Sena, dividida la ciudad en dos bandos principales, el de Danove afecto á los españoles, y lo restante del pueblo muy contrario á ellos. Comprendió el gobernador la imposibilidad de sugetarlos con la moderacion, se arriñó á los primeros, y cargó recíamente la mano sobre los contrarios. Habia edificado una fortaleza junto á la puerta Camorla, camino de Florencia, y mandó que todo el pueblo condujese allí sus armas, tratándolos con gran severidad y absoluto despotismo, pues

aquellos ánimos encorados requerían remedios fuertes. Cansados los seneses de los españoles, y resueltos á sacudir el yugo, buscaron el apoyo de los franceses; y llenos de audacia con su protección, hacían á los españoles todo el daño posible.

Un día que D. Diego paseaba á caballo al rededor de la fortaleza, dispararon contra él y le mataron el caballo; no se atemorizó por esto; pasó á Roma, y para conservar á Sena y la demás que pudiese, pues sabía la venida de la armada turca sobre las costas de Italia, levantó 3,000 italianos y los entregó al Conde Peñillano, su íntimo amigo, disimulado enemigo de los españoles. En conclusión se levantaron los de Sena, sitiaron la fortaleza, alistaron tropas, recibieron socorros y capitanes de Francia, y D. Diego luego que tuvo noticia de ello pasó á Perugia y al castillo de la Plebe, conñantes á Sena, para proveer desde allí lo conveniente; pero considerando las muchas fuerzas de los seneses pasó á Lorna, y en navés del Duque de Florencia se fue á Orbivelo, donde juzgaba querían dirigirse los enemigos. Al fin el Marqués de Mariñano, general de los imperiales, venció á Pedro Strosi, que lo era del enemigo, sitió á Sena, y á los quince meses la rindió con condiciones muy humanas y decorosas al Emperador, en 22 de Abril de 1555.

Viendo el Emperador que se necesitaba de mas continuo cuidado, nombró gobernador de Sena á D. Francisco de Mendoza; y volviendo D. Diego á Roma á continuar su influjo sobre el Concilio, ocurrió que hizo castigar al alguacil cabeza de los esbirros, que habia faltado al respeto debido al Emperador; indignado el Pontífice se quejó á este, y en consecuencia fue relevado D. Diego de aquella embajada á principios de 1561. Al parecer regresó á España en 1554, donde se mantuvo en el Consejo de Estado, y acompañó á Felipe II en la gran jornada de San Quintín en 1557. Vuelto á la corte de España, se mantuvo en ella, no con la aceptación de político tan sabio como era, y de quien tanto aprecio habia hecho Carlos V, ya porque su conducta en Italia no agradó á Felipe II, ó ya, porque, como él mismo decía, quien decae en el vallimiento decae muchas grados.

Algun tiempo antes escribió dos célebres cartas críticas bajo el disfraz del bachiller Arcade, sobre la historia de la guerra de Carlos V contra los turcos, que publicó en folio en 1552 Pedro Salazar.

Sucedió tambien, que hallándose en palacio tuvo palabras muy pesadas con cierto caballero, de suerte que se vió en la necesidad de quitarle un puñal y arrojarlo por un balcon. Desagrado mucho al Rey D. Felipe aquel hecho ruidoso; parece le mandó prender, y aun salió desterrado de la Corte á la edad de 64 años, gastados en importantes servicios á la corona. Retirose despues á Granada, donde vivió tranquilamente, dedicado al estudio y retraido de los negocios públicos, aunque previendo las alteraciones que sobrevendrían en aquel reino por causa de los moriscos, y poca armonía del capitan general y presidente de la Chancillería, como se vió en los años de 1568 69 y 70, que principió y duró aquella guerra, *parte de la cual vió D. Diego, y parte oyó de los personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento*; así es que la escribió con verdad y con tan útiles reflexiones, que con

dificultad se hallará otra en castellano que la iguale y ninguna que la esceda.

Mentórase en Granada todos aquellos años, entregado á sus estudios, sin olvidar la poesía, y siendo consultado por los sábios sobre las ciencias, y en especial sobre las antigüedades de España, en lo que era muy entendido. Juntó mas de cuatrocientos códigos árabes, segun aseguró Gerónimo de Zurita, con quien tuvo particular amistad, y á quien sirvió procurando vencer los obstáculos que los émulos de aquel historiador opusieron á los Anales de Aragón.

Por aquel tiempo en que la edad avanzada y enfermedades le iban postrando el ánimo, buscó consuelo en la correspondencia con Santa Teresa de Jesus. No vivió mucho tiempo despues de aquella comunicacion. Parece que Felipe II le permitió venir á la Corte, ó para justificarse, ó para liquidar algunos asuntos pendientes. Encomendó á Zurita le buscasse vivienda proporcionada é inmediata á la soya: juntó sus libros, que ofreció al Rey: se puso en camino, y á pocos dias de haber llegado á Madrid le acometió la última enfermedad, que puso fin á su vida, en Abril de 1575.

En 1610 publicó en Madrid Fr. Juan Diaz Hidalgo algunas de sus poesías escogidas, con el título de: *Obras del insigne caballero D. Diego de Mendoza, Embajador del Emperador Carlos V, en Roma*, dejando de comprender otras muchas por lo raro de las materias de que tratan, y porque no son para que vayan en manos de todos.

La obra que mas crédito ha dado á D. Diego Hurtado de Mendoza, es su historia de la guerra de Granada, que aunque no carece de digresiones, tiene cierta novedad que cautiva la atención. El lenguaje y estilo son de lo mejor que tenemos en castellano, segun D. Juan de Palafox; y D. Nicolás Antonio coloca su elocuencia inmediata á la verbosidad de Fr. Luis de Granada.

D. Diego Hurtado de Mendoza fue religioso sin superstición; tenaz y constante en los empeños que emprendía; resuelto é incapaz de miedo en la egecucion de ellos; celoso del bien público, que defendía aun esponiendo su persona; diestro en el manejo de los negocios; perspicaz en el conocimiento de las personas, de las que se valia el tiempo que le aprovechaban. A estas cualidades, como hombre público, reunia como particular las de ser afable, humano, amigo y protector de los sábios, inclinado á diversiones honestas y á la conversacion de hombres doctos, á quienes trató como amigos. Peca tal vez en algunas chanzas y agudezas satíricas, como se ve por algunas de sus poesías; pues aun hablando del gravísimo empleo de Embajador, se burlaba delicadamente, y escribió así á D. Luis de Zúñiga:

¡Oh Embajadores puros majaderos!
que si los Reyes quieren engañar,
comienzan por nosotros los primeros.

De todos modos, las obras de este célebre escritor serán siempre un puro manantial, donde pueden ir á beber los que tengan afición á la hermosa habla castellana, tan adulterada y estrangerizada en nuestros tiempos.

ESPAÑA PINTORESCA.



Puente de Murcia.

Esta es una de aquellas obras, cuya arquitectura, si bien no se puede considerar como bella, es á lo menos la mas sólida y magestuosa que tiene la ciudad. En prueba de ello baste observar, que despues de las impetuosas avenidas en que las mas veces quedan cuasi cubiertos por el agua los dos ojos de él, nunca ha dado muestras de vacilar, ni se ha desquiciado siquiera una sola piedra; al paso que en este punto es mas furiosa su corriente, tanto en razon á las dos azudas artificiales que la impelen con mayor rapidez, quanto porque el cauce del rio es mas estrecho, por seguir encajonado entre los dos muros ó antepechos que le aprisionan, por un lado el del *arenal*, y por el otro el del alcazar nuevo. Quizás, y sin disputa, deba este puente una gran parte de su solidez á estar sentado sobre una de las azudas que sangran por este lado al rio, para dar agua al considerable número de molinos fabricados á la derecha de su corriente. Un documento interesante nos prueba que no es vaga esta opinion, á saber, que la azuda es de fábrica anterior, pues dice entre otras cosas en una carta suya, el Rey D. Alfonso al Consejo de la noble ciudad de Murcia, firmada en Sahagun en 10 de Setiembre de 1373: « otrosi, nos contó como habeis labrado, y labrais muy esa nuestra ciudad, y la grandísima costa, que en ello teneis, y como la teneis muy sosegada á nuestro servicio, y que haceis mucho por la poblar. Otrosi, nos dijo los muchos gastos que hicisteis en la labor de la azuda, que es poblamiento de esta ciudad. »

Queda manifestada con este documento la época de la fabricacion de la azuda, que lo fué por el adelantado mayor D. Alfonso Fernandez de Saavedra; y Cascales comprueba luego que D. Guillen Celdran, que fue regidor en el año de 1382, con otros varios, mandaron hacer el puente junto al alcazar nuevo; se comprueba mi aserto

de que la fábrica del puente murciano es muy posterior á la de la azuda y que este edificio consolidado sobre cimientos tan ensayados, pudo contar con una solidez para su fabricacion, de la que hoy dia nos da muestras bien patentes.

Algunos han querido suponer esta empresa perteneciente á Garcia de Laza, pero es idea vulgar que destruyen los documentos citados.

Cerca de este puente, ó mejor dicho al frente de él, por el lado que mira al *sur*, se halla la puerta llamada del *puente*, que es hermosa, y está pegada al alcazar nuevo, mandado hacer por Enrique III; y al norte, y á poca distancia de la otra cabeza del puente, está el antiguo alcazar árabe que existe bastante conservado, con algunos arcos magníficos de aquel tiempo, tan rico quanto poético en su arquitectura. Estuvo luego este edificio destinado á la Inquisicion, y hoy sirve para las oficinas del gobierno político de aquella provincia. — IVO DE LA CORTINA.

LA TORRE DEL VALLE. (1)

I.

¡ Ah ! bien hicieron
en dejar estas mansiones
los míseros descendientes
de tales progenitores

El sol dora de los cerros
las mias elevadas puntas

(1) Esta composición la hizo su autor al ir á visitar esta torre notable en Castilla por su antigua y siniestra tradicion, por la que es fama que un hijo envenenó á su padre, por heredarle y él fue asesinado despues por su adúltera esposa.

y el torrente cristalino
por las breñas se derrumba.

Del valle la luz sombría
se esconde por las alturas
y en su purpurino ocaso
débiles rayos alumbrá.

Con estruendo por su cauce
el Esgueva se apresura
y entre abrojos la corriente
de su caudal lleva turvia,
mientras el árido bosque
rumor lejano murmura
y el austro por el espacio
á ráfagas leves zumba.

Todo es paz, todo sosiego
este yermo, cuya muda
expresion en el reposo
de su soledad augusta
con misterio nos revela
mil curiosas aventuras.

Aquí sueña el pensamiento,
su vértigo nos abruma
y contra la realidad
las bellas quimeras pugnan.

¡Qué imágenes tan risueñas
forma la mente confusa
y qué porvenir tan grato
de goces y de fortuna!

No siempre la soledad
es para el misero adusta
si en ella con la esperanza
su triste anhelo consulta;
que en tan deliciosa calma
al espíritu le adula
dudoso bien que se envuelve
en nuestra suerte futura.

Así yo que combatido
de mil pesares, la angustia
devoraba de mi pecho
allá en la cárcel profunda,
al ver la estéril rivera,
los árboles sin verdura
y de nubes en el cielo
la tenebrosa balumba;
al sentir aquella paz
que los tormentos endulza
con que gime opresa el alma
á su tirana coyunda.

« ¡ Ah! pronto, dije, de flores
se cubrirá la llanura
y el sol brillará de Mayo
sobre esta margen ineulta.

Bienes y males del hombre
forman la herencia caduca
y precursora del bien
no es siempre la desventura.

Huyan, pues, las ilusiones
del temor, las penas huyan,
y el espíritu altanero
su negro yugo sacuda. »

II.

Mas ¡ ay! que veloz mi planta
detrás se dejó los montes
y nuevas breñas y riscos
ocultan el horizonte.

La luz del cielo se apaga,
el austro sus grillos rompe
y el eco de la tormenta
por las montañas traspone,
brama furioso el torrente,
suspira confuso el bosque,
las águilas altaneras
á los picachos se acojen,
y entre la niebla sombría
que presagiara la noche
del valle triste aparece
ante mis ojos la *torre*.

Caduca, imponente, sola
es envejecida mole,
negra página de un crimen
y vulgares tradiciones;
cuya historia entre ruinas
avergonzada se esconde
Para no ser con su letra
nuevo escándalo del Orbe.

Al contemplar sus escombros,
y recordar sus horrores
huyó la sabrosa calma
del misero pecho entonces.

Conoció bien que del mundo
son fugitivos los goces
y que es el error la esencia
de nuestra materia torpe;
cuyo rastro doloroso
de crímenes y desorden
dejaron para escarmiento
cien y cien generaciones:
y al ver la torre funesta
que deshabitada y pobre
era á mis ojos teatro
de los humanos errores.

*Bien hicieron, exclamé,
en dejar estas mansiones
los miseros descendientes
de tales progenitores.*

Guarda, triste monumento,
en tus viejos paredones
ese padron afrentoso
que te sirve de renombre.

Guarda, si, de tus delitos,
aborto de las pasiones,
esa fatídica historia
que originaron los hombres.

J. GUILLEN BUZARAN.

REVOLUCIONES DE MÉJICO. (1)

El Presidente Pedraza, cuya elección había causado el trastorno que hemos referido, habiéndose escapado del saqueo de Méjico, se había refugiado en Guadalajara. El general Guerrero fue nombrado Vice-Presidente, y Santana, al paso que censuraba los excesos cometidos en Méjico, se había declarado abiertamente en su favor. Todo estaba tranquilo. Había en verdad de cuando en cuando algunos pronunciamientos aislados, de subalternos ambiciosos; pero nadie se ocupaba de ellos, y sus clamores no encontraban eco en los estensos despoñados de la república.

Este estado de cosas duró hasta Setiembre de 1829. En aquella época la España hizo una tentativa para reconquistar á Méjico. Salió la expedición de la Habana también, como 300 años antes, pero no había un Cortés. El brigadier Borradas desembarcó en Tampico con 300 hombres.

Mientras el general español, indeciso acerca de la marcha que había de seguir, daba proclamas que ningún efecto producían; mientras Méjico se agitaba sin decidir nada, al saber tan sorprendente nueva, abandonaba Santana la vida del campo, rancia de nuevo sus soldados, hacia un embargo forzado de todos los buques de cabotaje que había en la rada de Vera Cruz, embarcaba en ellos apresuradamente su gente, sin orden del gobierno, ni ningún poder especial, desembarcaba cerca de Tampico, y derrotaba á las tropas de Borradas. Este se volvió á embarcar, llevándose los caudales; sus soldados se dispersaron, y la noticia de su derrota llegó á Méjico, casi al mismo tiempo que la de su desembarco.

En el mes de Diciembre siguiente, el general Bustamante, proclamado por las tropas del campo de Jalapa para derribar á Guerrero, marchó sobre Méjico. Santana, de vuelta á Manga de Clavo, con su acostumbrada rapidez y el ascendiente de su palabra, había reunido un nuevo ejército para volar en auxilio del Vice-Presidente. Llegó á Jalapa, que temblaba todavía por la nueva insurrección, y supo que Guerrero había abandonado á Méjico y dirigiéndose hacia el Sur. Creyendo entonces que la fortuna de Bustamante era superior á la de Guerrero; que aun no había llegado el tiempo de luchar personalmente con un rival, cuyo nombre le importunaba ya, Santana licenció sus tropas, que siempre había de volver á encontrar y regresó, como Cincinato, á sus campos, hasta el momento en que el mismo peleará por esa misma presidencia que se disputan á su vista, y á la cual su edad le impedía aspirar, pues no tenía mas que 55 años cumplidos. Dos años transcurrieron, durante los cuales Santana, retirado en su hacienda, se entregó tranquilamente á sus pasatiempos favoritos, las luchas de gallos, las corridas de caballos, y el juego; y parecía haber desechado toda ambición. El 14 de Febrero de 1831, en la misma ciudad de Oajaca, donde había desaliado con tanta indiferencia los esfuerzos del gobierno, el desgraciado Guerrero terminaba á un tiempo su campaña y su hazarosa existencia.

(1) Véase el número anterior.

Acababa de ser fusilado, y la noticia de su ejecución, debió turbar la soledad de Santana. Bustamante sucedió á Guerrero, y gobernó tranquilamente á Méjico. Durante este año, nada hacía sospechar que empezaba á pesar á Santana tan prolongada inacción, y tan contraria á sus hábitos y á su espíritu. El camino que va de Vera-Cruz á Manga de Clavo estaba desierto; ya no se oía resonar en él el galope de aquellos correos que se cruzaban y seguían el día en que meditaba algún imprevisto pronunciamiento. Dentro y fuera de la hacienda, todo estaba tranquilo.

El 2 de Enero de 1832, dos oficiales se presentaron en ella á Santana, le comunicaron una petición de la guarnición de Vera-Cruz, pidiendo á Bustamante la mudanza de ministerio, y le rogaron que la apoyase con el prestigio de su nombre. Santana se lo prometió, y como jamás ha gustado de términos medios, se despidió, y aquella vez por mucho tiempo, de su mansión predilecta, llegó al siguiente día á Vera-Cruz, reconoció la caída del ministerio Alaman, se apoderó de las cajas de la Aduana, percibió los derechos, y se instaló como señor y dueño en una ciudad, cuya posesion le aseguraba los tesoros que el comercio europeo irá á depositar allí. No solicitó, dictó órdenes.

Sus fieles oficiales, en cuyo número contaban los dos hermanos Arago, abandonaron á Méjico, y se le unieron. Santana estaba en su elemento, estaba saciado de soledad, y se abría para él un campo inmenso de actividad.

Bustamante no quiso acceder á las intimidaciones que se le hacían; envió contra los sublevados 3,000 hombres mandados por Calderón, quien fue á acamparse en Santa Fe, aldea tres leguas distante de Vera-Cruz, que eligió Calderón para detenerse en ella, pues allí termina la mortífera zona que traza al rededor de aquella ciudad la fiebre amarilla, y las abrasadoras arenas.

Entretanto, Santana había encargado el mando de Vera-Cruz al general Arago, y su hermano había recibido con pesar el orden de formar y disciplinar un cuerpo de 1,200 hombres, compuesto de *Sarochos* de la costa. Son estos los habitantes de los campos abrasados que circuyen el litoral, gentes inquietas, bulliciosas, de tostada tez, y cuyos nervudos cuerpos no arrojan una gota de sudor bajo aquel sol ardiente; ginetes indomitos como sus caballos, con las piernas desnudas, con pantalón de pana azul, el sable siempre en la mano, y usando de él á cada momento ya para terminar sus querrelas, y ya para abrirse paso por entre los matorrales de sus bosques, llevándolo sin vana para evitarse la pérdida de tiempo. Sería pues tan difícil el formar tropas regulares de beduinos, ó reunir en una masa compacta las arenas de sus desiertos, que el querer enseñar á estos hombres á sostener una carga ó darla en cuerpo, ó á sujetarse á los deberes de la disciplina. Poco había de tardar Santana en experimentarlo.

A las diez de la noche supo que esperaba el general Calderón un rico convoy de dinero y municiones, escoltado por 500 hombres. Al momento montó á caballo con algunos soldados, siguió silenciosamente, protegido por las tinieblas, la orilla del mar por el camino de la antigua

la antigua Veracruz; revolviéndose de repente sobre la izquierda, se encontró al amanecer entre el campo de Calderon y el convoy que esperaba, en medio de un bosque que tenia que atravesar. Bajo de aquellas hóvedas sombrías donde no han penetrado aun los primeros albos del día, Santana y su tropa se emboscaron.

Uno de los jarochos, acostumbrados como estan á seguir la pista por huellas casi invisibles, fue enviado adelante; con la oreja pegada al suelo, distinguía ya el ruido de los mulos cargados, y de los cascabeles y campanillas de sus collares, el trote de la caballería que acompañaba al convoy, y el murmullo de la conversacion de los oficiales. Dió la señal convenida, todos se prepararon, y en un instante desapareció el convoy á la vista de la escolta admirada, tras un muro de hombres que se levantó de repente, y durante el troteo, fue dirigida con rapidez hacia otra parte. Una voz gritó: « El general Santana está aqui »; con el prestigio de aquel hombre los que huían volvieron gritando « viva el general Santana! » se reunieron á él, y el general regresó á Veracruz con un aumento en su tesoro, y 500 hombres mas en su ejército.

Después de un ligero descanso, sin permitir siquiera que se quitaran las bridas á los caballos, Santana hizo montar á todos los jarochos, tomó algunos regimientos de infantería, y dejando al general Arago el encargo de defender la plaza, se puso en marcha en busca de Calderon, le alcanzó en Tolomé, y aunque sin artillería y con una caballería indisciplinada, dió orden de principiar el ataque.

Desgraciadamente, á los primeros disparos de la artillería, se dispersaron los jarochos, y arrastrado por ellos el capitán Arago hizo inútiles esfuerzos para reunirlos; solo la infantería se mantuvo firme contra las baterías de Calderon, y la lucha heroica de un regimiento de Santana prolongó la batalla hasta después de mediodía; pero cuando hubo caido el último hombre, fue completa la derrota. Todos huían, los que pedían cuartel eran degollados; el coronel Landero, uno de los oficiales mas valientes de Santana, murió en la huida; y el mismo general, acompañado de un solo hombre, echó una dolorosa mirada sobre sus valientes muchachos, tendidos en la llanura, metió espuelas á su caballo, penetró en el bosque y desapareció.

Habían transcurrido veinte y cuatro horas: presentaba Veracruz un aspecto muy distinto del que ofrecia cuando la entrada de aquel convoy tan felizmente apresado. Era general la inquietud, y Santana no habia vuelto á parecer después de la sangrienta accion de Tolomé. El general Arago, sobre quien pesaba toda la responsabilidad, después de tomadas las medidas necesarias para resistir el ataque de Calderon, que aguardaba por minutos, se paseaba pensativo por una elevada azotea, mirando á todos los puntos del horizonte. La playa hasta Vergara está desierta, y la brisa agita tristemente las sombrías masas de verdor que la terminan, y en las cuales debe vagar á la ventura Santana. En cada nube de polvo que levanta el viento de la mar, creia ver las columnas de Calderon que adelantaban, á reconocer el caballo ó el traje de su general en jefe. Realizose al fin aquella esperanza, Santana

entró en Veracruz, seguido de un solo criado, cubierto de polvo, pálido, y con el uniforme hecho pedazos.

El general Arago, después de los primeros cumplidos se apresuró á decirle.

« Mi general, ahora que nos ha sido devuelta vuestra preciosa persona, deseo antes que todo que inspeccionéis mis obras de defensa.

— Tiempo tenemos mañana, mi querido Arago, le contestó Santana, apeandose con trabajo de su caballo.

— Pero mi general, Calderon va á llegar de un momento á otro...

— Conozco á mis antiguos camaradas, interrumpe Santana, cediendo á un sueño irresistible, y antes de atacarnos, necesitan tambien rehacerse. Por lo que á mi hace, en veinte y cuatro horas que esos malditos me han perseguido como á un animal salvaje, yo me he apeado, apenas he comido ni bebido, y no he dormido nada. Voy á desquitarme; me despertareis cuando principie el ataque; de consiguiente voy á dormir tranquilo; buenas noches. »

Referimos estas palabras históricas, para dar mejor á conocer el espíritu de este hombre extraordinario, y para decir que el sueño es la mas imperiosa de sus necesidades, y que ninguna circunstancia crítica puede impedirle que se entregue á él, como lo hemos visto ya, y como lo hemos de ver todavia.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFIA.

PERSONAJES CELEBRES DEL SIGLO XIX. POR UNO QUE NO LO ES.

Esta interesante, lujosa y económica publicacion, consta ya de cuatro tomos, y es muy justamente apreciada por el público. El mejor modo de manifestar su interés es dar la siguiente lista de los PERSONAJES cuyas Biografías comprenden los cuatro mencionados tomos.

I.

Jove Llanos.
Wellington.
Thiers.
Mohamed-Ali.
Ibrahim-Bajá.
Florida Blanca.
Balzac.
Alvarez. (D. Diego)
Metternich.
Orfila.
O'Connell.
Leon.

II.

Guizot.
Mshamud II.
Silvio Pellico.
Palmerston.
Gravina.
Archiduque Carlos.
Calomarde.
Bonaparte.
Napoleon.
Empecinado.
Morillo.
Martinez de la Rosa.

III.

Fernando VII.
Byron.
Luis Felipe I.
Zumalacarrégui.
Laffitte.
Mazarredo.
Lopez (D. Vicente)
Carlos XIV.
Esteve.
Caning.
Pezuela.
Lamennais.

IV.

Pio VII.
Torero.
Peel.
Chateaubriand.
Humbold.
Moratin.
Sout.
Rossini.
Fernando I.
Duque de Alameda.
Carlos X.
Maria Cristina de Borbon.

Sabemos que los siguientes tomos comprenderán muchos personajes extranjeros y nacionales del mayor interés. La hermosura de los retratos, y la belleza de la impresión, nada dejan que desear, y es publicación que ha merecido elogios de todos los periódicos.

Salta una entrega cada domingo, y se suscribe, en las librerías de Cuesta y Jordan, y en las provincias en los mismos puntos donde se verifica al SEMANARIO PINTORESCO, á razon de 12 rs. cada 4 entregas en Madrid, y 14 en las provincias. Los cuatro tomos publicados, se hallan de venta en las mencionadas librerías.

MODAS DE PARIS.



Paris 9 de Setiembre.

Continua todavía la inacción en la moda, pero ya se nota gran movimiento entre las modistas para preparar los trages, y las novedades que han de alimentar la fantasía de las mugeres, y acrecentar su peculio durante el invierno, con grave disgusto del padre ó del esposo, que tienen que subvenir á tan gravosa contribucion. Se hace ya provision de sombreros de paja sencillos, que puedan resistir al viento y al rocío, otros frescos y graciosos, como el risueño jardín en que deben ostentarse, y por último de otros para la noche, que tengan toda la ligereza y coqueteria de los peinados de sociedad.

Como hemos dicho en otros números, los vestidos de seda, se guarnecen frecuentemente en forma de delantal; el modelo que representa nuestro grabado, ha estado muy en boga; los sesgos que adornan el jubon y el cuerpo estan festoneados con seda del mismo color del vestido. Se usan tambien vestidos de barege, con los cuerpos medio escotados, ya sea con vuelta, con un cuello plegado como una chorrera, ó ya truncidos á la Lucrecia; entonces los pañuelos se ponen por encima, y la mayor parte estan bordados con un escampado, y rodeados de una guarnicion festoneada.

En cuanto á modas agradables, nuevas, y fáciles de ejecutar, citaremos los canesús de batista bordada con hilo de Escocia, que producen el efecto de un bordado de relieve. En seguida los mitones de seda negra ó de color oscuro, que terminan en la parte superior, con un bordado de oro y seda mezclados, y que hacen el efecto de un brazaete; estos mitones fáciles de hacer se llaman *mitones argelinos*. Las damas elegantes los usan hechos por ellas mismas, con gran primor, en momentos de descanso de su trabajo en tapicería, con que entretienen los dias lluviosos de la estacion.

Deseamos con ansia que se pronuncie el invierno para poder presentar á nuestras elegantes, modelos que esciten mas su curiosidad, y nos ofrezcan á nosotros la ocasion de entrar en mayores detalles.

RECTIFICACION.

En el número 35 del Semanario, en el artículo sobre la Universidad de Toledo, se dice que estudió en ella el Beato Miguel de los Santos, fundador de la reforma del Orden de la Santísima Trinidad, en lo cual padeció una equivocacion el que suscribe; pues el que en ella estudió y fue su digno profesor, fue Fr. Juan Bautista de la Concepcion, hoy Santo canonizado, natural de Almodovar del Campo, y discípulo de San Simon de Rojas. El Beato, hoy ya igualmente San Miguel de los Santos, tambien de la misma religion, fue Catalan, natural de Vich, y nada tiene que ver con la Universidad: cuya rectificacion se hace para la mejor inteligencia del precitado artículo.

N. MAGAN.